

JUBILEO DE LOS JÓVENES: EL EMMANUEL, EL DIOS-CON-NOSOTROS

Roma, 17 de agosto del 2000

Queridos jóvenes:

Vivimos días de gran exaltación espiritual en esta Jornada Mundial de la Juventud. La idea feliz de reunir a los jóvenes de todo el mundo, de diversas culturas y latitudes en estas Jornadas promovidas con tanto empeño por el Papa Juan Pablo II desde los inicios de su pontificado, nos ha traído en este Año Santo Jubilar hasta Roma, la sede de Pedro. Aquí, junto al sucesor del príncipe de los Apóstoles, celebramos con gozo el camino bimilenario de la Iglesia que Jesús de Nazaret le confió de modo especial al pescador de Galilea, cuando le dijo a él que le daba *«las llaves del Reino de los Cielos»* (Mt 16, 19). La misión recibida de parte de Jesús trajo a Pedro hasta aquí, donde dio su vida, martirizado como su Señor, en la ciudad capital de aquel imperio grande y poderoso, dentro del cual se atrevió a anunciar un reino que no es de este mundo.

Un reino que, sin embargo, Jesús vino a plantar en medio de este mundo hace 2.000 años, cuando *«apareció la bondad de nuestro Dios y su amor a los hombres»* (Tt 3, 4) y se cumplió lo anunciado por el profeta: *«un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado»* (Is 9, 4). Isaías nos lo presenta como Dios guerrero y príncipe de la paz. Su guerra sería contra el odio y el pecado, su paz la sembraría en el mundo poniendo amor en los corazones.

Nosotros no conmemoramos simplemente, en este Año Santo, el paso por la historia de la humanidad de un hombre inigualable que marcó el pensar y el sentir de los pueblos. Los cristianos celebramos en la fe la venida a nosotros, para estar con nosotros, del Dios de cielo y tierra que se hizo presente para siempre en Jesús de Nazaret.

Los hombres y mujeres de todos los pueblos han sentido la necesidad de Dios. La frase proverbial de San Agustín: *«Señor, hiciste nuestro corazón para ti y estará inquieto hasta que descanse en ti»* (Confesiones), es, más que la expresión de una experiencia personal, una constatación universal que abraza la historia de la humanidad con una amplia mirada retrospectiva, actual y de futuro. Hay una inquietud en el corazón humano, una sed de Dios, sofocada a veces por la miseria, otras por las riquezas, a menudo por el pecado, pero curiosamente y secretamente potenciada por esos y otros factores.

Esa inquietud llevó a los antiguos pobladores de la tierra, como lleva a hombres y mujeres de hoy, a forjarse dioses a su medida. Pueden ser los árboles de un bosque, las piedras cargadas de energía, los ídolos fabricados por manos humanas o ídolos políticos o deportivos o del mundo artístico. El comportamiento religioso está presente en el temor al rayo del hombre de las cavernas, en el frenesí de un concierto de rock, como en el entusiasmo delirante por un líder político.

Es inexacto hablar, pues, de «primitivismo religioso» como si los comportamientos individuales o grupales donde el hombre busca protección o entrega su corazón a cualquier cosa o a cualquier conductor de multitudes fueran exclusivos del hombre de épocas remotas. Porque el ser humano es siempre el mismo y puede sentirse desprotegido y solo en medio de una selva o en un rascacielos de cristal poblado de ordenadores, teléfonos, máquinas de fotocopiar y discos compactos. La decoración ha variado, pero el temor, la soledad y el vacío se enseñorean, aún más hoy, del corazón humano. Si no descansamos en Dios buscaremos caminos falsos, ídolos aberrantes, fuerzas extrañas, drogas, alcohol, placeres, magia, simplemente, aturdimiento para no pensar.

Cuando abrimos la Biblia en el Antiguo Testamento hallamos la revelación de un Dios que nos muestra la creación entera, y especialmente al hombre, bajo la luz de su inmensidad y se nos revela

él mismo en el texto sagrado como único Dios, descartando a todos los dioses y pidiendo a su pueblo elegido que sea un pueblo-testigo de la grandeza, el poder y la unicidad de su ser divino.

Alrededor de esta comunicación de Dios a su pueblo se concentra el mensaje singular que el pueblo de la Antigua Alianza debe guardar y, además, testimoniar a otros pueblos para que «*sepan, como nosotros lo sabemos, que no hay Dios fuera de ti*» (Eclo 36, 4). La fidelidad a este compromiso será el tema perenne de los profetas y de los sabios de Israel. Los reyes serán buenos si mantienen esa fidelidad a Dios y serán malos si se prostituyen con falsos ídolos.

También los filósofos de la antigua Grecia descartan, en cierto modo, a los dioses del Olimpo y, en una hazaña inigualada de reflexión, buscan el Ser en plenitud que da origen a todo cuanto es parte del mundo visible o invisible. A este camino de pensamiento ascendente no se puede nunca renunciar y, si el ser humano, sobre todo los hombres y mujeres jóvenes, no se aturden en el mundo de las cosas vanas, superfluas o aun dañinas, deben hacer esta andadura. Dice San Pablo en su Carta a los Romanos: «*porque lo que puede conocerse de Dios lo tienen a la vista, Dios mismo se lo ha puesto delante. Desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras, de modo que no tienen disculpas*» (Rm 1, 19-21). No se concibe un corazón joven incapaz de contemplar el cielo, el mar, las montañas, sin elevarse hasta Dios o sin preguntarse por Él. La maravilla de la Creación es una palabra perenne que Dios nos dirige a cada uno de nosotros. Deben también hacer los jóvenes, de la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento, una continua interpelación a sus corazones en relación con su fidelidad a Dios, con el rechazo de los ídolos de hoy, en obediencia al mandamiento del Señor: «*no tendrás otro Dios más que a mí*» (Ex 20, 3).

Pero el Dios de cielo y tierra, que hizo alianza con su pueblo y hablaba con Moisés dejando en su rostro un resplandor de gloria, era considerado, por ese mismo pueblo, tan distinto de nosotros en su inmenso poder y en su grandeza infinita, que todos pensaban que era imposible ver a Dios y permanecer vivo: *nadie puede ver a Dios sin morir* (Cfr. Ex 33, 20). El cielo era de Dios, la tierra de los hombres y había una gran distancia de la tierra al cielo.

Los grandes pensadores precristianos del mundo grecorromano, por su parte, subieron tan alto hasta la simplicidad y la perfección espiritual de Dios, que lo hicieron inalcanzable para el hombre singular. No había manera de relacionar a Dios, tan espiritualmente perfecto, con el hombre, tan materialmente miserable.

Pero el pueblo elegido de Dios sí había guardado, en medio de olvidos e infidelidades, una relación con el único Dios verdadero que se les había revelado. Sabía que él no los olvidaba y que, aunque el pueblo no le fuera fiel, Dios es siempre fiel. Por eso esperaban que Dios enviara un mensajero suyo, sería un rey, un profeta, un gran jefe, que instauraría la paz y la justicia: el Mesías.

Mas lo que los filósofos no pudieron entrever ni el pueblo elegido estuvo dispuesto a aceptar fue el camino descendente del mismo Dios hasta nosotros. En el hombre Jesús de Nazaret, Dios sale a nuestro encuentro y se nos presenta no como caudillo, ni como sabio, árbitro u hombre revestido de poder, sino como Hijo.

Un hijo que habla siempre de Dios diciéndole familiarmente Padre, Papá. Él es de nuestra condición humana: es un niño el que se nos ha dado, es «*nacido de mujer*», dirá San Pablo. (Ga 4, 4), forma parte de la familia humilde que integran además su Madre María y José, que cuida de ellos como padre, sus parientes viven en la aldea de Nazaret, donde creció él mismo compartiendo la vida sencilla y pobre de su pueblo.

Jesús se muestra siempre referido al Padre. Desde los 12 años, en el Templo de Jerusalén, se presenta ante los doctores de la ley ocupándose de las «*cosas de su Padre*». Más tarde, hecho ya un predicador itinerante, acosado por la gente que no le deja tiempo para descansar ni para comer, dirá que su comida es hacer la voluntad del Padre (Cfr. Jn 4, 34). El mismo Jesús insiste en su unión

íntima y total con el Padre: *«quien me ha visto a mí ha visto al Padre, porque el Padre y yo somos uno»* (Jn 10, 30).

Juan el Bautista, que sale al desierto a anunciar la pronta llegada del Mesías, se encuentra con Jesús, lo admira, pero no deja de sentirse desorientado ante él. Desde la cárcel, donde morirá decapitado, manda un grupo de los suyos a preguntar a Jesús: *«¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»* (Lc 7, 19). La respuesta del Señor fue precisa: *«Vayan y díganle a Juan que los ciegos ven, los cojos andan... y a los pobres se les anuncia el Reino de Dios»* (Lc 7, 22). No hay acciones espectaculares, Jesús se dirige al hombre singular y lo sana. Parece tan poco importante que un cojo pueda andar cuando todos están esperando volver a tener un rey propio para que terminara la dominación extranjera... Por eso, Jesús añade a los mensajeros de Juan: *«... y dichoso el que no se sienta defraudado por mí»* (Lc 7, 23).

Los antiguos filósofos y los entendidos en las Escrituras en el pueblo de Dios no habrían podido imaginar algo así. Que Dios venga a nosotros, que venga él mismo y se presente en la pobreza, en la sencillez, haciendo de lo pequeño su carta de presentación, eso es desconcertante.

Los antiguos temían el poder y la grandeza de un Dios terrible y soberano; pero quedan decepcionados y escandalizados cuando Dios toma nuestro cuerpo humano, se expresa por una mirada transparente y una dulce sonrisa, habla contando historias que todos pueden captar, sana a los enfermos, expulsa demonios y proclama dichosos a los pobres, a los mansos, a los que lloran, a los que luchan por la paz. Y el estupor de sus contemporáneos no tendrá límites cuando vean al Mesías colgado de una cruz como un malhechor.

Queridos jóvenes: este es Dios-con-nosotros, el Emmanuel, aquel que le fue anunciado por el profeta Isaías a un rey poco piadoso cuando le dijo: *«Dios por su cuenta os dará una señal: he aquí que una virgen está encinta y da a luz un hijo y le pone por nombre Emmanuel (que significa Dios-con-nosotros)»* (Is 7, 14).

La ley de la encarnación incluye no solo que Dios haya tomado un cuerpo como el nuestro, sino que se haya identificado con la pobreza, el sufrimiento y la pequeñez del ser humano más olvidado y desatendido, de modo a hacerse cercano a nosotros que estamos rodeados de miseria. La grandeza de Dios se manifiesta en que no se inclinó hacia nosotros misericordiosamente desde su inmenso poder, sino que vino a ser como uno de los más desfavorecidos de este mundo para mostrarnos así su misericordia, esa misericordia vivida en solidaridad que no molesta y suscita el amor. Aceptar la ley de la encarnación es saber que Dios manifiesta su poder y su inmensidad tanto en lo grande y aparentemente inalcanzable como en lo pequeño y despreciable.

En tiempos terribles de catástrofe para su pueblo, el Profeta Jeremías describe con palabras transidas de dolor la situación deplorable de la gente: *«mis ojos se deshacen en lágrimas, día y noche no cesan por la terrible desgracia de la Doncella de mi pueblo, una herida de fuertes dolores. Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país»* (Jr 14, 17-18).

¿No es hoy esta la condición para muchos de los pobladores del planeta?, ¿no podríamos decir esto de nuestros países de América Latina y del mundo subdesarrollado, y también del submundo que generan las sociedades opulentas? En cualquier sitio brota la violencia; la falta de alimento y de solidaridad dibujan un mapa desolador de vastas regiones de la tierra desfallecidas de hambre. El SIDA es hoy para la juventud una herida de fuertes dolores y también lo es la droga, el alcohol y la desnaturalización del sexo.

Es fácil quedar estupefactos ante tanto sufrimiento o caer atrapados en esas redes. Esta es la angustia de Jeremías y puede ser hoy también la nuestra. Solo alumbra un rayo de esperanza fijando la mirada en el Emmanuel, en Dios-con-nosotros. Ni el sacerdote ni el profeta que es cada joven cristiano pueden vagar sin sentido en medio de los desafíos de nuestro mundo; porque en el

hambriento, en el marginado, en las víctimas de la violencia, Jesucristo sale a nuestro encuentro. Dios no nos descubre únicamente su grandeza en las cumbres nevadas, en las torres alzadas de nuestras catedrales o en la inmensidad del océano. Desde que Dios vino a nuestro encuentro en Cristo, Él nos sigue saliendo al paso en el hambriento, en el sediento, en el desnudo, en el preso o el enfermo a quien tenemos que atender, pues resuena en nuestros corazones para siempre la palabra comprometedor de Jesús: *«Cada vez que lo hicisteis a uno de esos pequeños, a mí me lo hicisteis»* (Mt 25, 40). Dios en Cristo está presente y llamándonos desde lo débil, lo pobre, lo pequeño. En medio de lo catastrófico encontramos un sentido que nos impulsa a actuar: en el humano golpeado e infeliz allí está Cristo que me espera. No es tiempo de vagar, es hora de responder.

Porque Jesucristo no fue un extraordinario maestro de doctrina a quien recordaríamos siempre y cuyo conocimiento nos incorporaría a una escuela de pensamiento, con un consecuente estilo de vida. Él es la Palabra hecha carne que ha venido a nosotros. Él descendió del cielo, del seno de la Trinidad Santísima, para recogerlos misericordiosamente a los que yacíamos en tinieblas y en sombras de muerte y, por medio de su cruz, nos levanta con Él, que asciende victorioso a los cielos llevando cautiva nuestra cautividad. Jesús no es un predicador que muestra un camino, Él es el camino. Cuando accedemos a Él, Él nos colma con la vida que vino a traer en abundancia a la tierra y nos introduce, por su Espíritu Santo, en esa corriente inextinguible de amor trinitario que retorna siempre al Padre. Ese amor pasa necesariamente por nuestro prójimo y esto nos servirá de comprobación con respecto al verdadero amor a Jesús: *«Quien no ama a su prójimo a quien ve, no ama a Dios a quien no ve»* (Jn 4, 20).

Dios Padre se expresa desde siempre por una palabra total y abarcadora, es su palabra eterna, y esa palabra es Amor. «Dios es amor», dice San Juan, y en su evangelio nos anuncia que *«la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Jn 1, 14). Jesucristo es el amor encarnado. Todos sus gestos, dichos y acciones quieren traducir para nosotros esta única y eterna Palabra: Amor. El mensaje cristiano es, por eso, desorientador o aun inaceptable para el hombre de ayer o de hoy que sea incapaz de amar, porque la relación que Dios establece con nosotros en Cristo inicia una historia de amor que solo puede ser vivida por quien está dispuesto a dejarse amar. *«Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os digo»* (Jn 15, 14).

Los jóvenes cristianos hoy tienen que brindar a la humanidad del nuevo milenio la memoria viva de su Señor nacido en la pobreza del pesebre, contemplado por los pastores, cantado por los ángeles, que compartió todo lo nuestro menos el pecado y que murió por nosotros en la cruz. Él es el Vencedor de la muerte, del pecado y del mal, y resucitado y glorioso está vivo y presente en medio de nosotros y lo estará siempre hasta el fin del mundo.

Si Cristo nos sale al paso en cada hermano, sobre todo en el pobre y en el que sufre, nosotros debemos ir al encuentro de nuestros hermanos haciendo a Cristo vivo y presente para ellos por nuestro amor y por el testimonio de una vida de calidad diferente.

Dios está con nosotros en Cristo y Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre.